

lado mucho tiempo en clasificar á Vautrin saliendo de la dudosa impresión que les causaba. Sabía ó adivinaba los asuntos de cuantos le rodeaban, mientras nadie podía enterarse de sus pensamientos y de sus ocupaciones. Por más que había establecido su aparente bonachonería, su constante complacencia y su alegría como una valla entre los demás y él, á veces dejaba entrever la espantosa profundidad de su carácter. A veces una salida digna de Juvenal, y en la que parecía complacerse en hacer burla de las leyes, fustigar la sociedad convenciéndola de inconsecuente consigo misma, daba á entender que guardaba rencor al estado social, tal vez por algún misterioso suceso de su vida que conservaba oculto con el mayor cuidado.

La señorita Taillefer, atraída, quizá sin darse cuenta, por la fuerza del uno ó por la belleza del otro, compartía sus miradas furtivas y sus pensamientos secretos entre el cuarentón y el estudiante, pero ni el uno ni el otro parecían pensar en ella, aunque podía muy bien la casualidad convertirla el día menos pensado en un gran partido. Por otra parte, ninguna de las personas descritas se tomaba la molestia en comprobar si las desdichas referidas por cualquiera de sus compañeros eran reales ó imaginarias. Entre ellos se interponía una indiferencia nacida de la desconfianza que les imponía sus respectivas situaciones. Reconociábase por impotentes para consolarse, sobre todo porque habiéndose las oído unos á otros, habían agotado entre sí el repertorio de los pésames y de las frases lastimeras. Parecíanse á esos matrimonios viejos que ya nada tienen que decirse. Sólo quedaba, pues, entre aquellas personas,

las relaciones de una vida mecánica, el juego de ruedas sin aceite. Todas eran de los que pasan en la calle junto á un ciego sin hacerle caso, escuchan sin comoverse la historia de una desdicha y ven en una muerte la solución de un problema de miseria, permaneciendo impasibles ante la agonía terrible. De todas aquellas almas desoladas, la más feliz era la viuda de Vauquer, reina de aquel hospital. Sólo á sus ojos era alegre como un verjel aquel jardinillo al que el silencio y el frío, la sequedad y la humedad, alternativamente, hacían parecer inmenso como una estepa. Sólo para ella aquella casa amarilla y triste, que olía al cardenillo del mostrador, ofrecía delicias. Aquellos calabozos eran suyos. Mantenía á aquellos presidiarios condenados á penas perpetuas, ejerciendo sobre ellos una autoridad respetada. ¿En qué otra parte de París hubieran hallado aquellos infelices alimentos sanos y suficientes y una habitación que ellos mismos podían transformar, si no en elegante y cómoda, al menos en aseada é higiénica, en qué otra parte hubieran hallado todo esto al precio á que ella se lo proporcionaba? Atendida esta consideración, aunque se hubiera permitido con alguno una injusticia manifiesta, la víctima la hubiera soportado sin quejarse.

Debia ofrecer, y ofrecía en pequeño, semejante reunión, los elementos de una sociedad completa. De igual manera que sucede en los colegios y en el mundo, entre aquellos diez y ocho seres habría seguramente una pobre criatura desgraciada, un *caballo blanco* contra el cual van dirigidas todas las saetas de la burla despiadada. Para Eugenio de Rastignac, y al comenzar su segundo

año de pupilaje, esa figura trocóse en la más importante de todas las que durante otros dos años habían de compartir con él aquella vivienda.

Aquel *caballo blanco* era el antiguo fabricante de fideos, el tío Goriot, sobre cuya cabeza hubiera concentrado un pintor toda la luz del cuadro, ni más ni menos que como lo hace con su personalidad el autor de esta historia. ¿Por qué razón había recaído en el decano de los pupilos aquel desprecio hostil, aquella persecución mezclada de lástima, aquella falta de respeto á la desgracia? ¿Había dado lugar á ello por algunas de esas ridiculeces ó de esas rarezas que se perdona menos que los vicios? Tocan estas preguntas á bastantes injusticias sociales. Parece como que la naturaleza humana se complace en hacer sufrir al que por humildad verdadera, por debilidad ó por indiferencia lo sufre todo. ¿Por qué? Porque todos hallamos cierta satisfacción en ejercitar nuestras fuerzas á costa de algo ó de alguien. El ser más débil, el último pillete llama á todas las puertas, de noche, cuando hiela, ó trepa como puede para escribir su nombre á gran altura en un monumento virgen de inscripciones.

El hoy anciano de unos sesenta y nueve años, el que había sido motejado de tío Goriot, había entrado á formar parte de los huéspedes de la señora de Vauquer en 1813, después de retirarse de los negocios. Tomó primeramente la habitación que más tarde ocupó la viuda de Couture, pagando mil doscientos francos de pupilaje, como hombre para quien cien francos de más ó de menos eran cosa de poca monta. La Vauquer arregló un poco las tres habitaciones del piso previa

una indemnización, destinada, según dicen, á pagar un mobiliario bastante malo, compuesto de colgaduras de indiana amarilla, sillones de madera ordinaria barnizada, cubiertos de terciopelo de Utrecht y de algunas pinturas y estampas ordinarias desechadas hasta en las tabernas de las afueras. Acaso la indiferente generosidad que demostró en dejarse engañar el tío Goriot, que hacia aquella época era respetuosamente llamado señor Goriot, hizole considerar como á un imbécil que nada entendía en los asuntos de la vida práctica. Vino Goriot bien provisto de ropa. Llevaba un ajuar como de comerciante rico que se retira del comercio para vivir á gusto y descansado. La viuda de Vauquer admiró en él diez y ocho camisas de media holanda, y más aún dos alfileres, unidos por una cadenita y adornados cada uno con un diamante más que regular, cuya alhaja ostentaba el buen señor en la blanca pechera.

Habitualmente vestido con traje azul, tomaba cada día un chaleco de piqué blanco, bajo el cual fluctuaba su abdomen ercido y saliente que ponía de manifiesto una pesada cadena de oro adornada con varios dijes. Su tabaquera, también de oro, contenía un medallón en el que guardaba un buen mechón de pelo, el cual parecía denunciar alguna conquista amorosa. Cuando su nueva patrona se permitió acusarle de galanteador, sonrió con cierta satisfacción mal contenida de hombre á quien le descubren un flaco de que se envanece. Llenóse un armario con la numerosa vajilla de plata de su casa. A la viuda ibansele los ojos mientras le ayudaba á sacar de los baúles y poner en su sitio los

cucharones, cubiertos, vinagreras, salseras, fuentes, las tazas y platos pequeños de plata sobredorada y muchas otras piezas análogas, que sin duda pesaban bastantes marcos y de las que no quería deshacerse. Muchos de ellos eran regalos que le recordaban las solemnidades de la vida doméstica.

« Esto, dijo á la señora de Vauquer guardando una fuente y una taza cuya tapadera representaba dos tórtolas picotéandose, es el primer regalo que me hizo mi mujer, el día del aniversario de nuestra boda. ¡ Pobre querida ! En esto empleó todas sus economías de soltera. Mire usted, señora, preferiría abrir hoyos en la tierra con las uñas á separarme de este objeto. Por fortuna podré tomar café en esta tacita todas las mañanas de los días que he de pasar aún en el mundo. Realmente, no tengo de qué quejarme, porque, por mucho que viva, no me faltará qué comer. »

Finalmente, la señora de Vauquer pudo ver, con su ojo de urraca, algunas inscripciones de la deuda pública, que, sumadas por encima, vendrían á resultar para el bueno de Goriot una renta de unos ocho á diez mil francos. Desde entónces, la antigua señorita de Conflans, que tenía cuarenta y ocho años, pero que sólo admitía treinta y nueve, concibió un proyecto. Aunque el señor Goriot tenía los lagrimales medio vueltos, hinchados y colgantes, lo que le obligaba á limpiarlos con frecuencia, parecióle distinguido y hasta agradable. Además, su pantorrilla carnosa, saliente, pronosticaba, tanto como su nariz cuadrada, ciertas cualidades morales que la viuda parecía tener en gran estima, y que la cara de luna llena de aspecto sencillote

y casi bobalicón del buen viejo confirmaba. Debía de ser un animal vigorosamente construido, capaz de poner toda su vida en una pasión. Todas las mañanas iba á peinarle el peluquero de la Escuela Politécnica, empolvándole el pelo y disponiéndoselo en sortijillas que ocupaban parte de la frente baja, y que le sentaban bastante bien. Aunque algo bastote, tan de punta en blanco estaba siempre, tomaba tan ricamente su rapé y lo sorbía como hombre tan seguro de tener siempre llena la tabaquera, que, el día en que el señor Goriot se instaló en la casa la viuda de Vauquer, ésta se acostó por la noche ardiendo del deseo que la acometió de abandonar el sudario de Vauquer para renacer en Goriot.

Casarse, vender, salir del brazo de aquella flor y nata de la burguesía, convirtiéndose en señora muy principal del barrio, ocupada en pedir para los pobres, hacer visitas y tener jiras los domingos á Choisy, Soisy, Gentilly, etc., ir al teatro todas las noches, á su palco, sin tener que esperar, como ocurría allá por julio, el billete, cuando á alguno de los estudiantes, sus pupilos, le venía en gana regalárselo. Soñó, pues, con su paraíso, análogo al soñado por todas las familias de posición humilde de París. Poseía cuarenta mil francos reunidos céntimo á céntimo, pero nadie lo sabía, porque aquel secreto tenía lo profundísimamente guardado, de suerte que también desde el punto de vista pecuniario se creía un partido muy aceptable.

« Y en cuanto á lo demás, me parece que en nada desmerezo de ese buen Goriot », pensaba, revolviéndose en el lecho como para cerciorarse de que, en efecto,

existían los encantos cuyo molde encontraba cada mañana la gruesa Silvia al hacer la cama.

Desde aquel día, durante unos tres meses, la viuda de Vauquer utilizó al peluquero del señor Goriot, dedicando algunos gastos al embellecimiento y mejora de su tocado, los cuales excusaba con la necesidad de velar por el decoro de la casa, conforme se lo exigía la calidad de las personas en ella hospedadas. Pensó en la manera de llegar á mejorar el personal de sus pupilos, manifestando el propósito de no admitir en lo sucesivo sino gente muy distinguida; y cuando se presentaba uno nuevo, no dejaba de ponderarle la preferencia con que la había honrado el señor Goriot, uno de los principales y más notables comerciantes de París. Distribuyó prospectos con este título: CASA VAUQUER; en los que decía que era *una de las más antiguas y estimadas casas de huéspedes del país latino*, que el edificio disfrutaba de excelentes vista al valle de los Gobelinos (el cual se veía desde el tercer piso) y que tenía un *bonito* jardín, al fin del cual se *extendía* una ALAMEDA de tilos. Hablaba también el prospecto de aires puros y de tranquilidad y retiro. Este anuncio le trajo á la señora condesa de Ambermesnil, mujer como de treinta y seis años, la cual esperaba que quedase ultimado el expediente que se instruía para pagarle los atrasos y reconocerle una pensión que le correspondía como viuda de un general muerto en los campos de batalla. La de Vauquer cuidó de la mesa, encendió lumbre en los salones por espacio de unos seis meses, y tan bien supo cumplir las promesas de sus prospectos que, lejos de cubrir gastos, tuvo que

poner dinero de sus ahorros. Así es que la condesa decía á la señora Vauquer, á la que llamaba su querida amiga, que le proporcionaría otras dos pupilas: la baronesa de Vaumerland y la viuda del coronel Picquiseau, ambas muy amigas suyas, que estaban hospedadas en una casa del Marais, más cara que la de la Vauquer, pero á la cual vendrían en cuanto expirara el plazo que tenían pagado anticipadamente. Estas dos señoras disfrutarían una posición muy holgada luego que en el ministerio de la guerra hubieran despachado sus respectivos expedientes.

— Pero, decía la condesa de Ambermesnil, en esas oficinas no acaban nunca.

Después de la comida subían las dos viudas á la habitación de la señora Vauquer, donde se entretenían en charlar y beber licores suaves y comer golosinas hasta allí reservadas exclusivamente para la boca de la pupílera. La condesa aprobó por completo los planes de ésta acerca de Goriot, planes excelentes, en efecto, y que desde el primer día había adivinado; parecía un hombre cumplido en todos sentidos.

— ¡Ah! mi querida señora, un hombre sano como una manzana, le decía la viuda, perfectamente conservado y que todavía puede proporcionar muchas satisfacciones á una mujer.

La condesa hizo generosamente algunas observaciones á la señora de Vauquer acerca de su manera de vestir, la cual no le parecía en armonía con sus pretensiones.

— Tiene usted que ponerse en pie de guerra, la dijo. Como consecuencia de muchos cálculos, las dos

viudas se fueron al Palais-Royal, y en las galerías de Bois compraron un sombrero de plumas y una gorra. La condesa condujo á su amiga á la tienda de la *Petite Jeannette*, donde compraron una bata y un cinturón. Cuando estas municiones fueron empleadas y pudo considerarse la pupilera sobre las armas, representaba fielmente la muestra del *Bœuf à la mode*, lo que equivale á decir que resultaba grotesca. Pero gustóse tanto á sí misma, que aunque poco dadivosa de suyo, consideró que le debía pagar el favor de sus consejos, comprándole un sombrero de veinte francos. Verdad es que contaba con cobrárselos, confiándole la importante misión de sondar el ánimo de Goriot y de inclinarlo en su favor. Prestóse á ello muy graciosamente la de Ambermesnil, y desde entonces asedió al ex-fabricante, hasta que logró tener con él una entrevista. Pero después de haberle hallado pudibundo, por no decir refractario, á las tentivas que la sugirió su deseo de seducirle por propia cuenta, salió indignada de su grosería.

— Hija mía, dijo á su querida amiga, no sacará usted nada en limpio de ese hombre. Es ridículamente desconfiado, es un roñoso, un imbécil, un majadero, incapaz de dar más que desazones.

Entre el señor Goriot y la señora de Ambermesnil ocurrieron cosas de tal calibre que ni siquiera su presencia quiso ya tolerar la condesa, por lo que al día siguiente se largó, olvidándose de pagar seis meses de hospedaje, y dejando unos trapos que se evaluaron en cinco francos. Por más empeño que puso la Vauquer en encontrarla, no pudo hallar ni rastro de ella en todo París; de suerte que, siempre

que hablaba de este suceso, lo que hacía con frecuencia, tomaba de él pretexto para lamentar su excesiva confianza, aunque, en realidad, fuese más desconfiada y recelosa que un gato. Lo cierto es que pertenecía al número de esas personas que desconfían de cuanto las rodea y se entregan al primero que llega, hecho moral extraño, pero verdadero, y cuyo origen es fácil hallar en el corazón humano. Quizá hay personas que nada tienen que ganar en el concepto de aquellas con quienes viven, porque después de haberles descubierto lo interior de su alma, se sienten juzgadas por ellas con merecida severidad, pero que, experimentando una invencible necesidad de adulación, ó devorados por el deseo de que les supongan cualidades que no tienen, esperan sorprender la estimación ó el corazón de los extraños, á trueque de romper con ellos algún día. Finalmente, hay individuos mercenarios de nacimiento, que ningún bien hacen á sus amigos ó á su familia porque lo deben, mientras que, por pura satisfacción de amor propio, favorecen á cualquier desconocido; cuanto más cerca de ellos se halla el círculo de sus afecciones, menos aman; cuanto más se extiende, más serviciales son. La señora de Vauquer participaba, sin duda, de estas dos condiciones esencialmente mezquinas, falsas y execrables.

— Si yo hubiera estado aquí, le decía entonces Vautrin, no le habría sucedido á usted semejante chasco. Yo hubiera desenmascarado á esa lagarta. Conozco las mañas de esa gente.

Como todos los espíritus estrechos, acostumbraba la señora de Vauquer á no salir del círculo de los

acontecimientos y á no juzgar sus causas. Gustábale culpar á los demás de las faltas por ella cometidas. Al ocurrirle aquel percance, dióle por ver en el honrado fabricante aquel principio de su desgracia, y empezó desde entonces, según ella misma decía, á desilusionarse acerca de él. Cuando advirtió que sus provocaciones eran tan inútiles como antes lo habían sido sus armamentos, no tardó en comprender el por qué. Goriot tenía, al decir de ella, su sistema, con lo que acabó de convencerse de que aquellas risueñas esperanzas, amorosamente acariciadas, descansaban sobre una base quimérica, y de que nada sacaría de aquel hombre, según la enérgica expresión de la condesa, la cual parecía ser entendida de firme: Llegó necesariamente en aversión más lejos de donde había llegado en amistad. Su odio no estuvo en razón de su afecto, sino de sus esperanzas defraudadas. El corazón humano suele hacer paradas de descanso cuando sube á las alturas del cariño, y rueda muy fácilmente y sin detenerse nunca por la pendiente del odio. Pero como el señor Goriot era un huésped, tuvo la viuda que reprimir las explosiones de su amor propio herido, enterrar los suspiros que le causaba su decepción y devorar sus deseos de venganza, cual fraile ofendido por su superior. Las almas pequeñas satisfacen sus pasiones, buenas ó malas, por medio de incesantes pequeñeces.

Empleó la viuda toda su malignidad de mujer en idear sordas persecuciones contra su víctima, empezando por suprimir una porción de superfluidades introducidas en el trato de sus huéspedes.

— ¡Fuera pepinillos en vinagre, fuera anchoas! no son más que inutilidades costosas, dijo á Silvia el día en que decidió volver á su antiguo programa casero.

El señor Goriot era hombre frugal, en el que la economía, necesaria á todos los hombres que se han hecho ricos á fuerza de trabajo, se había convertido en costumbre.

La sopa, el cocido y un plato de legumbres habían sido siempre y siempre quedarían su comida predilecta; de suerte que le fué bastante difícil á la viuda Vauquer contrariar á su pupilo en sus sencillísimas aficiones. Desesperada por haber hallado un hombre inatacable, dedicóse á desconsiderarle, logrando que los demás participasen de su inquina hacia el señor Goriot, y que, por pura diversión, la ayudaran en su venganza. Un año después habían llegado á tal punto las desconfianzas de la viuda, que no cesaba de preguntarse por qué razón viviría en la casa pagando un pupilaje tan módico, aquel comerciante que disfrutaba de siete á ocho mil francos de renta, que poseía tan rica vajilla y joyas como las de cualquier encofetada entretenida. Durante la mayor parte de este primer año, Goriot solía comer fuera una ó dos veces por semana, pero luego fueron menudeando cada vez menos estas ausencias, hasta quedar reducidas á dos mensuales. Harto convenían las « juergas íntimas » de Goriot á los intereses de la patrona para que no se mostrara descontenta por la exactitud progresiva con la que su pupilo tomaba sus comidas en la casa de huéspedes. Como una de las más detestables costumbres de los espíritus mezquinos consiste en atribuir

á los otros sus mezquindades, la Vauquer calculó que aquel cambio podía obedecer tanto á una disminuci6n de las rentas del viejo, como al propósito de perjudicarla. Por desgracia del señor Goriot, vino éste, hacia el fin del segundo año, á justificar en cierto modo las habladurías de su patrona, reduciéndose á subir al piso segundo y á pagar tan sólo novecientos francos de pupilaje, é introduciendo tales economías en sus demás gastos, que en todo el invierno no pudo encender la chimenea. La Vauquer exigió la paga adelantada. Accedió el señor Goriot, pero desde entonces quedó siendo papá Goriot ó el tío Goriot á secas.

Todos quisieron entonces adivinar los motivos de aquella decadencia; ¡dificultosa exploración! Según dijo la falsa condesa, el tío Goriot era un cazurro, un taciturno. Ateniéndose á la lógica de las gentes de cabeza vacía, todas ellas indiscretas porque solo tienen nonadas que decir, los que nada dicen de sus propios asuntos indican, con su silencio, que esos asuntos andan mal. El comerciante distinguido pasó á ser, en el concepto general, un pillo, y el viejo verde un pícaro. Unas veces, al decir de Vautrin, el cual vino por entonces á la casa, el tío Goriot era un bolsista que jugaba con dinero ajeno después de haber perdido el propio. Otras, era uno de esos jugadores que arriesgan todos los días sobre el tapete verde sus diez francos hasta ganarlos. No faltó quien le supuso agente de la alta policía secreta, pero Vautrin decía que no era lo bastante astuto para tener tal oficio. También el tío Goriot era un viejo usurero que prestaba al tanto por ciento semanal, ó que vivía de

estar abonado á ciertos números de la lotería. El vicio, la degradación y la impotencia, parecían confabulados para atribuirle toda suerte de misterios; pero, por innoble que supusiesen su conducta, la aversión que inspiraba no llegaba al extremo de expulsarle: pagaba su pupilaje. Además era útil, pues cada cual descargaba sobre él su buen ó mal humor, haciéndole blanco de sus bromas ó de sus desahogos. La opinión que acerca de él parecía más probable, y que fué generalmente adoptada, era la de la vida Vauquer. Según ella, aquel hombre tan bien conservado, sano como una manzana y que podía aún dar muchas satisfacciones á una mujer, era un vicioso de aficiones fuera de lo normal.

He aquí los hechos en que fundaba sus suposiciones.

Algunos meses después de la desaparición de aquella maldita condesa que había sabido vivir á su costa durante seis meses, oyó en la escalera cierta mañana, antes de levantarse, el roce de una falda de seda y el paso menudito de una mujer joven y ágil que se entraba en el cuarto de Goriot, la puerta del cual, muy precavidamente, se hallaba abierta. En seguida vino la gruesa Silvia á decir á su ama que una joven demasiado bonita para ser honrada, *vestida como una divinidad*, calzada con brodequines finísimos que no estaban manchados de barro, habíase deslizado como una anguila desde la calle á la cocina, preguntándole dónde se hallaba la habitación del señor Goriot. Subieron patrona y criada, pusieronse á escuchar cerca de la puerta, y oyeron algunas palabras

tiernas durante la visita, que se prolongó algún tiempo. Cuando Goriot salió con la señora para acompañarla, Silvia tomó la cesta y fingió que iba á la plaza, con objeto de seguir á la amorosa pareja.

— Preciso es, señora, dijo á su ama al regresar, que ese señor Goriot sea endemoniadamente rico, digan lo que digan, para mantenerla como la mantiene. Figúrese usted que ahí, en la esquina de la Estrapade, esperaba un soberbio carruaje, en el que ha subido.

Durante la comida, la viuda fué á correr una cortina, para que un rayo de sol que entraba por la ventana no hiriese á los ojos al señor Goriot.

— Ya se conoce que le quieren á usted las mujeres guapas, porque hasta el sol le busca. ¡Caramba, si tiene usted buen gusto! ¡Qué guapa era!

— Es mi hija, dijo Goriot con cierto orgullo, en el que los circustantes creyeron ver la vanidad mal disimulada de un viejo que se contenta con salvar las apariencias.

Un mes después de esta visita, el señor Goriot recibió otra. Su hija, que la primera vez vino en traje de mañana, presentóse después de almorzar y vestida como para ir de visita. Los huéspedes, que á la sazón se hallaban en la sala charlando, vieron entrar una hermosa rubia, elegante, graciosa y demasiado distinguida para ser hija del tío Goriot.

— ¡Y van dos! dijo la voluminosa Silvia, que no la reconoció.

A los pocos días, otra joven, alta y bien formada, morena, de cabellos negros y brillante mirada, también preguntó por el señor Goriot.

— ¡Y van tres! dijo Silvia.

Esta segunda joven, que la primera vez había venido también á ver á su padre por la mañana, volvió tiempo después por la noche, vestida de baile y en coche.

— ¡Y van cuatro! dijeron á una Silvia y la Vauquer, que no reconocieron en aquella señorona el menor vestigio de la señorita vestida sencillamente que, cuando su primera visita, se había presentado por la mañana.

Entonces pagaba todavía Goriot mil doscientos francos de pupilaje, y la viuda halló muy natural que un hombre rico tuviera cuatro ó cinco queridas. Es más: hasta le pareció muy ingeniosa la idea de hacerlas pasar por hijas suyas, y no se escandalizó de que les diera cita en la propia casa de la señora de Vauquer. Sólo que, como aquellas visitas le explicaban la indiferencia de su pupilo, se permitió llamarle, desde el comienzo del segundo año, *viejo verde*.

Por fin, cuando cayó su pupilo en los novecientos francos, varió la cosa y se insolentó con él, preguntándole un día que vió salir de su cuarto á una de las señoras, que qué clase de casa pensaba él que era aquella. Goriot contestó diciendo que aquella señora era su hija mayor.

— ¿Por lo visto tiene usted treinta y seis hijas? dijo en tono agrio la viuda Vauquer.

— No tengo más que dos, dijo el pupilo con la humilde voz del hombre arruinado que se somete á todas las docilidades que impone la miseria.

Hacia el final del tercer año redujo aún sus gastos

el tío Goriot, subiendo al tercer piso y limitándose á pagar cuarenta y cinco francos mensuales. Dejó de tomar rapé, despidió al peluquero y no volvió á empolvase el cabello. Cuando se presentó por primera vez sin este requisito, su patrona no pudo contener una exclamación de sorpresa al ver el natural color de aquellos cabellos, que era un ceniciento verdoso de lo más desagradable. Su fisonomía, que pesares ocultos habían insensiblemente entristecido de día en día, parecía la más angustiada de cuantas se veían en torno de la mesa. Entonces ya nadie tuvo el asomo de una duda: el tío Goriot era un viejo libertino, quien, si aun conservaba sana la vista, á pesar de la maligna influencia que en ella debían ejercer las medicinas que le obligaban á usar sus secretas enfermedades, debíalo á la ciencia de su médico, y cuya cabellera tenía aquel repugnante aspecto á causa de los excesos y de las drogas que para continuarlos se había visto precisado á tomar. El estado físico y moral del pobre hombre prestábase mucho á estas simplezas. El magnífico ajuar con que se presentó en la casa fué, una vez deteriorado por el uso, sustituido con camisas de indiana de á setenta céntimos metro. Desaparecieron uno á uno sus diamantes, la tabaquera de oro, la cadena con todos sus dijes, y al antiguo traje azul claro substituyó, así en invierno como en verano, un pardo levitón de burdo paño, un chaleco de pelo de cabra y un pantalón de lana. Adelgazó progresivamente; sus pantorrillas desaparecieron; su cara, redondeada por la satisfacción de una dicha burguesa, se arrugó de extraordinaria manera; su frente se llenó de

surcos, y se dibujó marcadamente la mandíbula. En el transcurso del cuarto año de su estancia en la calle Neuve-Sainte-Geneviève, ya no se parecía á sí mismo. Aquel comerciante retirado que, contando sesenta y dos años representaba cuarenta, aquel sujeto acomodado, lozano, grueso y bien conservado, cuyo alegre aspecto regocijaba á las gentes, y que reía como un muchacho, parecía un setentón entontecido, de andar inseguro y de semblante blanquecino. Sus ojos azules tan vivos tornáronse pálidos y como acerados; ya no lagrimeaban, y su reborde rojo parecía llorar sangre. A unos causaba horror, y lástima á otros. Notaron algunos estudiantes de medicina que le colgaba mucho el labio inferior, y como le acosaran con preguntas sin obtener respuesta satisfactoria, calcularonle el ángulo facial y le declararon atacado de cretinismo.

Una noche, después de la comida, dijole la viuda de Vauquer, en tono irónico y como poniendo en duda su paternidad:

—¿Qué es eso? ¿Ya no vienen á verle á usted sus hijas?

Estremecióse el tío Goriot, como si le hubieran pinchado con un puñal, y replicó con voz conmovida:

— Vienen á verme de cuando en cuando.

—¿Conque las ve usted todavía de cuando en cuando? exclamaron á coro los estudiantes. ¡Bravo, tío Goriot!

Mas no oyó ó no quiso entender el anciano las burlas motivadas por su contestación, habiendo vuelto á aquel estado contemplativo que los observadores superficiales tomaban por sopor senil hijo de su idiotismo. Si le hubieran conocido mejor, seguramente